

visto de cerca todas las clases sociales en el frente durante la guerra con Japón y en Moscú durante la revolución de 1905, que da la impresión de conocer ese país mejor que cualquier otro, inclusive Inglaterra. En su *Landmarks in Russian Literature* y en su *An Outline of Russian Literature*, de 1914, así como en su *Oxford Book of Russian Verse*, de 1925, cumplió, para los ingleses, una tarea similar a la de otro rusófilo del servicio diplomático, el Vicomte Melchior de Vogüé, había cumplido en su libro precursor titulado *Le Roman Russe*, publicado en 1886. Maurice Baring presentó a los grandes escritores rusos al público británico, en un tiempo en que ni siquiera *Los Hermanos Karamazov* había sido traducido al inglés —la traducción de Constance Garnett apareció sólo en 1912— y fue posible para George Saintsbury, que no conocía ruso, tener una actitud desdeñosa sobre los escritores de aquel país. Es gracioso que Vogüé, aunque escribe con gran admiración sobre Pushkin, elogiándolo como «el Pedro el Grande de la literatura», había anunciado que no quería ocuparse del poeta porque no podía mostrar sus méritos con ejemplos de su *langue de diamant*, intraducible al francés, porque Pushkin es universal, y sólo accidentalmente ruso, y porque, aunque no les guste a los eslavófilos la afirmación de Vogüé, Pushkin es un típico romántico, como Byron o Lamartine, y «no revela, salvo en unos pocos poemas, ningún carácter étnico». Baring, por otra parte, trató una y otra vez de disuadir al mundo de habla inglesa de que el más gran poeta de su tiempo fuera un Byron desleído. Escribió sobre Pushkin las apreciaciones más ajustadas que he leído en inglés.

Mi segunda recomendación sobre el Baring que vale la pena de ser leído es su larga novela titulada simplemente *C*. Yo había leído varias novelas de Baring. Todas muestran su íntimo conocimiento del mundo social e internacional, el vasto margen de sus intereses culturales y su ingenio seco de fines de siglo. Siempre sabe bosquejar los personajes secundarios de sus novelas. «El sábado en que Wright había sido invitado, hubo una típica reunión en Bramsley: el obispo de Barminster, que estaba casado con la prima de Lord Hengrave, un eclesiástico rubicundo y alarmantemente paternalista, con una gran barba y una colección de anécdotas, que según pensaba Lady Hengrave transgredía el código de la decencia por pertenecer a la Alta Iglesia. Usaba una ancha cruz de oro que ella consideraba «extravagante», y se volvía hacia la izquierda cuando rezaba el credo en la Iglesia, lo que según ella estaba contra la ley. Lo acompañaba su apologética, rubia y explicativa mujer». Todos estos libros nos llevan consigo y mantienen nuestro interés hasta el final que generalmente es patético. Pero he comprobado que no puedo recordar la mayoría de ellos pocos días después de haberlos leído. Los personajes son pálidos, parecen meros nombres, a veces difíciles de distinguir unos de otros. Están, en realidad, tan poco diferenciados que uno puede difí-

cilmente reconocerlos cuando aparecen en libros diferentes. La crónica de su vida social llega a ser tan monótona y cansadora, que el lector a veces se pregunta qué propósitos lo llevan a su creador. Invariablemente se nos cuenta quiénes eran todos los comensales de todas las comidas y quién se sentó junto a quién, y es probable que un capítulo termine así: «Luego se volvió hacia Lady X, que estaba a su derecha». Cuando Baring quiere, como frecuentemente lo hace, que sus personajes corten su relación, siempre puede desplazarlos a otra embajada o hacerlos que vayan a buscar clima a alguna otra parte por motivos de salud. ¿Se debe esto a una obsesión de Baring respecto a la clase de vida que describe? La imputación de que le gustaba demasiado esa vida parece haber sido la única crítica que de veras lo afectaba —como lo demuestra su reacción a una carta de Vernon Lee, citada por Ethel Smyth, y sus reproches a Pushkin por la energía que derrocha en su afición a las frivolidades mundanas. Nos preguntamos, al leer *Cat's Cradle*, si acaso el autor no está tratando de subrayar la monotonía de la vida social que oculta la tragedia de la heroína, uno simpatiza con Vernon Lee cuando ella le dice que «esta novela no le parece tan buena como *C*», y continúa: «Hasta la parte inglesa me parece extraordinariamente llena de detalles baladíes que no permiten desarrollar los caracteres principales. (Los hombres son todos intercambiables). Sin embargo, sin embargo, usted ha logrado, de algún modo, y tal vez por la misma levedad de la textura, condensar la extraordinaria esencia de una pasión, algo así como lo que logra la música. Por supuesto, me *desagrada* su gente, personalmente. Me *desagrada* su mezcla de trivial inutilidad y devoradora pasión (tienen tiempo para ello, porque no hacen otra cosa que ir a reuniones) y me *desagrada* el más allá católico de ellos (y de usted). Abomino que tome tan poco en cuenta la vida y su... singularidad». Vernon Lee tiene conciencia también que «esos (a mis ojos) que estos títeres de papel, pobres baladíes... comparten la índole de Tristán, de Genoveva o Francesca, y eso es... bueno, eso es *importante*». Pero uno percibe que la falta de intensidad o de énfasis mina la eficacia de la mayor parte de estas novelas. La falta de culminación en las piezas de Baring es nefasta. Beerbohm dijo de una representación de *The Grey Stocking* que Baring era «adramático» y el entusiasmo de Shaw por esta pieza y la no estrenada *His Majestic Embass* se debía evidentemente a que las valoraba como destructoras de ilusiones populares sobre la vida social de la clase alta y del servicio diplomático.

Los temas principales de Maurice Baring son la religión católica y el amor. Sin embargo, nunca comprendemos el carácter inevitable de la conversión de los principales personajes o del propio Maurice Baring, y nunca podemos imaginar patéticamente las relaciones apasionadas de sus amantes que invariablemente están enterradas en tales profundidades de

discreción. En *Cat's Cradle* nos preguntamos por qué Bernard, que había estado tan enamorado de Blanche, no se abalanza sobre ella tan pronto como la vuelve a ver. Pero en las novelas de Baring, nadie se abalanza sobre nadie, como tampoco permite ver a los personajes en sus momentos de revelación religiosa; ni tampoco las señoras permitirían que se abalancen sobre ellas, así como los amantes serían incapaces de hacerlo. Sin embargo, en los momentos en que escribo, el sexo se ha vuelto algo tan malamente y audazmente explícito, que ha dejado de ser atractivo, y no podemos dejar de sentir que las novelas de Baring necesitan un toque de *Lady Chatterley*. Sin embargo, están destinadas a ser prolongados relatos de frustración. La heroína se casa con el hombre que no debe, o que es católico, o tiene escrúpulos en divorciarse, o el héroe, como en *La túnica inconsútil*, es incapaz de aprovechar las oportunidades que se le ofrecen. Esta, sin duda, fue una de las causas –como en el caso de Henry James cuyos amantes siempre renuncian– de la falta de popularidad de estas novelas en relación a las de Galsworthy o de Wells. Y ni siquiera parecen haber incidido mucho en la conciencia del mundo literario, de sus colegas de ambos sexos. Uno encuentra muy pocos comentarios sobre ellas. Arnold Bennett señala en su diario que *Cat's Cradle* «se lee, y ese es su curioso defecto, como si realmente hubiera sucedido: un informe sobre hechos reales». Virginia Woolf observa en su *Diario* que C, «dentro de sus límites, no es de segundo orden, o que no hay en ella nada típicamente de segundo orden, por lo menos al principio. Los límites son la prueba de su nulidad. Maurice Baring sólo puede hacer una sola cosa: es decir, presentarse así mismo: un inglés encantador, honesto, modesto, sensible. Fuera de ese ámbito, y no va mucho más allá, ni tampoco ilumina demasiado. Todo es como debería ser: leve, seguro, proporcionado, hasta conmovedor; contado con tan buenas maneras que nada parece exagerado, todo está relacionado, proporcionado. Podría leerlo siempre, dije. Leonard dice que pronto uno se caería muerto de aburrimiento. La descripción que hace Mr. Hogart de estas novelas, más cuidada y más simpática que la mía, es la más penetrante que ha aparecido hasta la fecha».

Sin embargo C, me parece, es de lejos la mejor de las novelas que he leído de Baring. Contiene dos de sus personajes más memorables: Leila Bucknel, la irresistible sirena e invencible prostituta, que logra ser mantenida por una serie de amantes sin perder su posición mundana, y Lady Hengrave, la madre del protagonista, que representa todo lo que es más correcto, más seguro, más desalentador en el sólido mundo de la clase alta. Si bien el propio C., enamorado y traicionado por Leila, y frustrado con infinito tacto por su madre, es el invariable protagonista de Baring, delicadamente sensible a la música y la poesía, que tiene un triste fin, estas dos señoras están tratadas con bastante humorismo, y son creacio-